

ría nuestra Señora, y que os hicisteis verdadero hombre, tomando alma racional y cuerpo mortal. Siendo, según la divinidad, unigénito Hijo de Dios, impassible e inmortal, por vuestra ardentísima caridad, con la cual nos amasteis, Vos mismo, Hijo de Dios, os hicisteis pasible y mortal según la humanidad.

Y por la salud del linaje humano os dignasteis padecer muerte y pasión para librarnos a nosotros de la muerte perpetua; y siendo autor y fuente de toda luz, descendisteis a la oscuridad de los infiernos, donde nuestros padres estaban en tinieblas; y al tercer día resucitasteis glorioso y victorioso, y tornasteis a tomar aquel sagrado cuerpo que por nuestros pecados había estado muerto en el sepulcro y lo vivificasteis, como lo habían profetizado las Sagradas Escrituras, y le colocasteis a la diestra del Padre. Porque habiendo librado del limbo a aquellos santos padres que tenía cautivos el antiguo y cruel enemigo del género humano, Vos, verdade-

ro Hijo de Dios, llevando unida con Vos nuestra substancia, es a saber, el alma y carne humana que tomasteis de la gloriosa Virgen, subisteis sobre todos los cielos y sobre todos los coros de los Ángeles, y ahí estáis sentado a la diestra del Padre, donde está la fuente de la vida y la luz inaccesible, y aquella paz de Dios que trasciende todo sentido.

Ahí os adoramos, y creemos que sois verdadero Dios y verdadero hombre, y confesamos que Dios es vuestro Padre, y que en el fin de los siglos habéis de venir a juzgar los vivos y los muertos, y a dar a todos, buenos y malos, su pago, según el merecimiento de las obras que hubiere hecho cada uno en esta vida, y el premio o castigo, el descanso o el tormento de que fuere digno. Porque en aquel día por la voz de vuestra virtud resucitarán todos los hombres en el cuerpo que aquí tuvieron, para que todo el hombre conforme a sus obras reciba corona de gloria o tormento de infierno. Vos sois la misma vida y nuestra resurrección; a Vos esperamos como a Sal-

vador nuestro, para que reforméis este nuestro cuerpo abatido y vil, y le conforméis y hagáis semejante a vuestro cuerpo glorioso.

Yo os he conocido, Dios santo, Espíritu del Padre y del Hijo, que procedéis de ambos como de un principio, consubstancial y coeterno al Padre y al Hijo, consolador y abogado nuestro, que bajasteis en forma de paloma sobre el mismo Dios y Señor nuestro Jesucristo, y aparecisteis sobre los Apóstoles en lenguas de fuego; y habéis enseñado desde el principio por el don de vuestra gracia a todos los santos y amigos de Dios, y abristeis las bocas de los profetas para que predicasen las maravillas de vuestro reino. Y juntamente con el Padre y con el Hijo sois adorado y glorificado de todos los santos. Entre los cuales, yo, el menor de vuestros siervos, de todo mi corazón os alabo y glorifico vuestro nombre, porque me habéis alumado. Vos sois verdadera luz y fuego de Dios y maestro de todos los espíritus. Vos, con la unción de vuestra gracia,

nos enseñáis toda verdad, sin la cual es imposible agradar a Dios. Porque Vos mismo procedéis, Dios de Dios y luz de luz, como de un solo principio, del Padre de las lumbres, y de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, por un modo inefable, y sois consubstancial e igual y coeterno al Padre y al Hijo, y glorificado reináis con ellos en la esencia de una Trinidad.

Conózcoos un solo Dios vivo y verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo, trino en las personas y uno en la esencia; y de todo mi corazón os adoro, glorifico y confieso que sois verdadero Dios, solo, santo, inmortal, invisible, inmutable, inaccesible e incomprendible; una luz, un sol, un pan vivo, una vida, una bondad, un principio, un fin, un criador del cielo y de la tierra, por el cual todas las cosas viven y se conservan, y son gobernadas, enderezadas y vivificadas, así las que están en el cielo como las que están en la tierra y debajo de la tierra; porque fuera de

Vos no hay Dios en el cielo ni en la tierra.

Así os conocí, Señor Dios mío; así os conocí, conocedor mío. Os conocí por la fe que habéis infundido en mi alma, porque sois la luz de mis ojos, la alegría de mi juventud y el bien que sustenta mi vejez; y todos mis huesos se regocijan en Vos, y con gran gozo dicen: Señor, ¿quién es semejante a Vos?, ¿quién es semejante a Vos entre los dioses, Señor? Las manos de los hombres no os hicieron a Vos, sino Vos hicisteis las manos de los hombres. *Los dioses de las gentes son plata y oro, obras hechas por manos de los hombres; pero Vos, hacedor de los hombres, no sois tal. Todos los dioses de las gentes son demonios; pero el Señor hizo los cielos, y Él es el verdadero Dios.* Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra, perezcan del cielo y de la tierra; mas a aquel Dios que crió el cielo y la tierra, los cielos y la tierra le bendigan y alaben. Amén.

## CAPITULO 33

### *Confesión de la propia vileza.*

*¿Quién hay, Señor, entre los dioses que sea semejante a Vos, que sois magnífico en la santidad, terrible y digno de alabanza y obrador de grandes maravillas? ¡Tarde os conocí, lumbre verdadera!, tarde os conocí; porque tenía delante de los ojos de mi vanidad una gran nube oscura y tenebrosa, que no me dejaba ver el sol de justicia y la luz de la verdad. Como hijo de tinieblas, estaba envuelto en tinieblas, y amaba mis tinieblas porque no conocía la luz; era ciego y amaba mi ceguedad, y de unas tinieblas caía en otras.*

*¿Quién me libró de ellas cuando yo, como hombre ciego, estaba sentado en las tinieblas y en la sombra de la muerte? ¿Quién me tomó por la mano para levantarme? ¿Quién fué este alumbrador mío? Yo no le buscaba, y Él*

me buscó; yo no le llamaba, y Él me llamó. ¿Quién es éste? Vos sois, Señor Dios mío misericordioso, Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación; Vos fuisteis, Señor, y por ello os doy gracias de todo mi corazón.

Yo no os buscaba, y Vos me buscasteis; yo no os llamaba, y Vos me llamasteis; y con vuestra voz sonora penetrasteis el oído interior de mi corazón, y dijisteis: *Sea hecha la luz, y luego fué hecha la luz*; y con esta luz aquella nube grande y tenebrosa que cubría mis ojos desapareció; y yo vi la luz, y conocí vuestra voz, y dije: Verdaderamente, Señor, que Vos sois mi Dios, y me habéis sacado de las tinieblas y de la sombra de muerte, y llamádome a vuestra admirable luz. Ya veo; yo os doy gracias, iluminador mío.

Volví luego los ojos a ver aquellas tinieblas y aquel espantoso abismo en el cual estaba sumergido, y comencé a temblar y se me erizaron los cabellos, y dije: ¿Es posible que yo estaba en

esta tenebrosa profundidad? ¡Oh tinieblas tristes! ¡Oh ceguedad desventurada, con la cual no podía yo ver la luz del cielo! ¡Ay de mi ignorancia pasada, cuando, Señor, no os conocía. Yo os doy gracias, iluminador y libertador mío, porque me alumbrasteis, y yo os conocí. ¡Tarde os conocí, Verdad antigua; Verdad eterna, tarde os conocí! Vos estabais en la luz, y yo en las tinieblas, y no os conocía; porque no podía ser alumbrado sin Vos, ni hay luz alguna fuera de Vos.

## CAPITULO 34

### *Consideración de la divina Majestad.*

¡Oh Santo de los santos, y Dios de inestimable Majestad! Dios de los dioses y Señor de los señores, admirable, inenarrable, incomprendible; del cual tiemblan en el cielo las angélicas Potestades, al cual adoran todas las Dominaciones y Principados y delante cu-

yo acatamiento se encogen todas las Virtudes y soberanos espíritus. Vuestra potencia y sabiduría no tiene número; Vos habéis fundado el mundo sobre la nada, y habéis suspendido las aguas en el aire, y todos los elementos están sujetos a vuestra voluntad, y el cielo y la tierra huyen delante de Vos, y todas las criaturas os adoran y glorifican.

Yo, siervo vuestro e hijo de vuestra sierva, pongo la cerviz de mi corazón debajo de los pies de vuestra Majestad, y os hago gracias porque os habéis dignado alumbrarme por vuestra gran misericordia. Vos sois luz verdadera, luz santa, luz deleitable, luz admirable, luz digna de toda alabanza, que alumbráis a todo hombre que viene a este mundo, y también a los Ángeles. Ya veo, y os hago gracias por ello, ya veo la luz del cielo, ya hiere el rayo de vuestra luz los ojos de mi alma, y alegra todos mis huesos. ¡Oh, si esta vislumbre y este rayo que veo fuese perfecto en mí! Aumentad Vos, Señor, que sois autor de la luz, aumentad, yo

os suplico, lo que habéis comenzado, y dilátese y extiéndase en mí esta luz.

¿Qué es esto que siento? ¿Qué fuego es éste que abrasa mi corazón? ¿Qué luz es ésta que ilustra mi alma? ¡Oh fuego que siempre ardes y nunca te apagas!, enciéndeme. ¡Oh luz que siempre luces y nunca te oscureces!, alumbrame. ¡Oh, si yo pudiese arder en ti! ¡Oh fuego santo, qué dulcemente ardes, qué secretamente luces, qué suavemente quemas! ¡Ay de los que no se encienden con tu fuego! ¡Ay de los que no son alumbrados por Ti, luz verdadera que alumbras a todo el mundo, luz que llenas el mundo!

¡Ay de los ojos ciegos que no te ven! ¡Ay de los ojos enfermos que no te pueden ver! ¡Ay de los ojos que se apartan de la luz por no ver la verdad! ¡Ay de los que no se apartan de las tinieblas por ver la vanidad! Ven tinieblas, tinieblas aman, las tinieblas tienen por buenas, y de unas tinieblas caen en otras y no saben dónde caen. Tristes y desventurados los que no sa-

ben lo que pierden, y más desventurados los que lo saben, y con los ojos abiertos caen, y vivos descienden al infierno.

¡Oh luz beatísima, que no puede ser vista sino con purísimos ojos! Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Purificadme, Señor; sanad mis ojos para que yo os contemple; pues que ninguno, si no es con ojos sanos, os puede ver. Quitad de mis ojos las escamas, y alumbrad con el rayo de vuestra luz mi envejecida oscuridad, para que pueda con una vista firme y fija ver la luz en vuestra luz. Yo os doy gracias, luz mía, porque ya veo acrecentarse por Vos esta mi vista; abrid mis ojos para que yo considere las maravillas de vuestra ley, pues sois maravilloso en vuestros santos. Yo os doy gracias, luz mía, porque me alumbrasteis, y veo ya; pero mi vista es por espejo y en figura; ¿cuándo os veré cara a cara? ¿Cuándo vendrá aquel día alegre y regocijado para mí? ¿Cuándo entraré en ese vuestro palacio real para ver cara a cara al

que me ve, y hartar la grandeza de mi deseo?

## CAPITULO 35

*Del deseo y sed de Dios que tiene el alma.*

*A la manera que el ciervo sediento desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea a Vos, Dios mío. Mi alma tiene sed de Vos, fuente viva; ¿cuándo iré y se cumplirá este mi deseo? ¡Oh fuente de vida!, ¡oh vena de aguas vivas!, ¿cuándo dejaré esta tierra desierta, yerma y seca, y pareceré delante de Vos, y apagaré mi sed con las aguas de vuestra misericordia? Yo tengo sed, ¡oh fuente de vida!, saciádmeme: sed tengo, y sed de Vos, Dios vivo. ¡Oh!, ¿cuándo vendré y pareceré delante de vuestro rostro?*

*¿Es posible que yo tenga de ver aquel día de gozo y alegría? ¡Oh día maravilloso y hermoso, que no sabes qué es tarde ni noche! Día en el cual yo oiré*

aquella suavísima voz: *Entra en el gozo de tu Señor*; entra en el gozo sempiterno; entra en la casa de tu Dios, donde hay cosas grandes e inmensas; entra en el gozo sin tristeza y lleno de eterna alegría, en el cual se halla todo el bien, y del cual está desterrado todo el mal; donde está todo lo que quieres, y no habrá cosa que no quieras; donde hay una vida vital, dulce, amable y digna de tenerse siempre en la memoria; donde no habrá enemigo que haga guerra, ni blandura de la carne que fatigue, sino una suma y cierta seguridad y segura tranquilidad, tranquila suavidad y suave felicidad, feliz eternidad y eterna bienaventuranza, bienaventurada Trinidad y unidad de la Trinidad, deidad de la unidad y una beata visión de la deidad, en que consiste este gozo.

¡Oh gozo sobre todo gozo, gozo que vence todo gozo, sin el cual no hay gozo alguno!, ¿cuándo entraré en ti para que yo vea a mi Dios que habita en ti? ¿Qué cosa es la que me detiene?

¡Ay de mí, que esta mi peregrinación se me ha alargado! ¿Hasta cuándo tengo de oír: *Dónde está tu Dios?* ¿Hasta cuándo tengo de oír: *Aguarda, espera y torna a aguardar?* ¿Quién es mi esperanza, Señor, sino Vos, a quien esperamos para que reforméis este cuerpo abatido y vil, y le conforméis con vuestro cuerpo glorioso? Aguardamos al Señor cuando volverá de las bodas, para que nos lleve a ellas. Venid, Señor, y no tardéis; venid a visitar-nos con la paz, venid a sacar de la cárcel a los encarcelados, para que nos alegremos en Vos con perfecto corazón; venid, Salvador nuestro; venid, deseado de todas las gentes, mostrad-nos vuestra faz y seremos salvos. Venid, luz mía y Redentor mío, sacad de la cárcel a mi alma para que os alabe. ¿Hasta cuándo tengo de estar sumido debajo de las oleadas de esta vida mortal, clamando a Vos, Señor, sin ser oído? Oídmе, Señor, que clamo a Vos desde este mar espacioso y turbu-

lento, y llevadme al puerto de la felicidad eterna.

¡Oh bienaventurados los que ya han salido del peligro de esta navegación, y han merecido llegar a Vos, Dios mío y puerto segurísimo! ¡Oh felices los que ya han salido de la mar a la tierra de los vivientes, del destierro a la Patria, de la cárcel al palacio, y gozan ya de la deseada quietud, y han alcanzado el palio y premio de la gloria perpetua que en esta vida por tantas tribulaciones buscaron! ¡Dichosos los que, libres ya de todos los males, gozan con seguridad de la gloria y reino de vuestra hermosura!

¡Oh reino eterno!, reino de todos los siglos, donde hay lumbre que nunca se acaba, y paz que excede todo sentido, y las almas de los santos reposan y tienen entero gozo, y del cual huye el dolor y el gemido. *¡Oh, qué glorioso es aquel reino, Señor, en el cual con Vos reinan todos los santos, y resplandecen como el sol, y son coronados de piedras preciosas!* ¡Oh reino de bien-

aventuranza sempiterna, donde Vos, Señor, sois la esperanza de los santos y la diadema de su gloria!

En este reino hay gozo infinito, alegría sin tristeza, salud sin dolor, camino sin trabajo, luz sin tinieblas, vida sin muerte, todo bien sin ningún mal; aquí la juventud no envejece, la vida no tiene fin, la hermosura nunca se marchita, el amor nunca se entibia, la sanidad nunca adolece, el gozo nunca se disminuye; aquí nunca se siente dolor, ni se oye gemido, ni se ve cosa triste, ni se teme cosa mala; porque en él se posee el Sumo Bien, y éste es ver siempre el rostro del Señor.

¡Bienaventurados los que merecieron salir de las tormentas y naufragios de esta vida, y llegaron ya al puerto de tan grande bienaventuranza! Mas nosotros somos infelices y miserables, que todavía navegamos con tan grandes peligros y tempestades, y no sabemos si llegaremos al puerto. Infelices digo que somos, porque nuestra vida es desierto, nuestro camino peligroso, el pa-

radero dudoso, pues no sabemos el fin que tendremos; porque lo que ha de ser de nosotros, sólo el Señor lo sabe. Todavía somos combatidos de las ondas y de los vientos, y miramos al puerto y suspiramos por él. ¡Oh patria nuestra, patria segura, qué lejos estamos de ti! Desde este mar te saludamos, desde este valle de lágrimas suspiramos por ti, y remando y con trabajo procuramos llegar a ti.

Mas Vos, esperanza nuestra, Cristo Jesús, que sois Dios de Dios, nuestro refugio y nuestra virtud, y como estrella y norte os mostráis en este mar tempestuoso y oscuro, regid, Señor, con vuestra diestra esta nuestra nave con el gobernalle de vuestra cruz, para que no perezcamos en las ondas ni nos trague el mar, ni nos hunda la tempestad. Sacadnos, Señor, de este piélagos por virtud de vuestra cruz, y consoladnos, pues sois único consolador. De acá lejos miramos a Vos como estrella de la mañana y sol de justicia, y volvemos los ojos llorosos a Vos; y como

redimidos vuestros, aunque al presente desterrados, clamamos y pedimos que nos libréis.

Oídnos, Señor, porque nosotros estamos en este mar turbados, y Vos desde la ribera estáis mirando nuestros peligros. Salvadnos, pues, por vuestro santo nombre; dadnos gracia para que de tal manera pasemos entre Scila y Caribdis, que, con la nave y la mercadería salva, lleguemos al puerto deseado.

## CAPITULO 36

### *De la gloria celestial.*

¿Cuándo llegaremos a Vos, fuente de sabiduría y luz que nunca se apaga, de manera que os veamos, no por figuras, sino cara a cara? Entonces se entregará y se hartará nuestro deseo en todos los bienes; porque no habrá más que desear acá de fuera, teniéndos a Vos, que sois Sumo Bien y premio de los bienaventurados, y corona y alegría

sempiterna sobre sus cabezas, y el que los pacifica y les da descanso dentro y fuera, con aquella paz que sobrepuja todo sentido.

Ahí veremos, amaremos y alabaremos; en vuestra luz veremos vuestra luz; mas ¿qué luz veremos? Una luz inmensa, incorpórea, incorruptible, incomprendible, que nunca se apaga, inaccesible, increada, verdadera, divina, que alumbra los ojos de los Ángeles, y alegra y conserva en su vigor a todos los santos, y es luz de todas las luces y fuente de vida que sois Vos, mi Dios. Porque Vos sois aquella luz en cuya luz vemos la luz, y a Vos en Vos; y con el resplandor de vuestro rostro os veremos *cara a cara*.

¿Qué quiere decir veros *cara a cara*, sino lo que dice el Apóstol: conocer vuestra verdad y gloria, así como de ella somos conocidos? Conocer vuestra faz, es conocer la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo, la clemencia del Espíritu Santo, y una indivisible esencia de la Santísima Trinidad. Ver la

cara de Dios vivo, es ver el Sumo Bien, el gozo de los Angeles y de todos los Santos, el premio de la vida eterna, la gloria de los espíritus bienaventurados, júbilo sempiterno, corona de hermosura, premio de felicidad, descanso abundantísimo, hermosura de paz interior y exterior, alegría, paraíso de Dios, Jerusalén celestial, vida beatífica, cumplimiento de toda bienaventuranza, gozo de eternidad y paz de Dios que sobrepaja todo sentido.

Esta es la perfecta y cumplida bienaventuranza, y toda la gloria del hombre: ver el rostro de su Dios, ver al que hizo el cielo y la tierra, ver al que le hizo, ver al que le salvó y glorificó. Verá-le conociéndole, y queriéndole le amará, y le alabará poseyéndole; porque Él es la herencia de su pueblo, la posesión de su felicidad, el premio y galardón de todo lo que espera. Y así dice Él mismo: *Yo seré tu galardón, grande sobre manera.* Porque justo es que el grande haga grandes mercedes. Y así, Señor, como Vos sois grande

sobre todos los dioses, así lo es el premio que dais; porque no sois Vos grande, y pequeño vuestro galardón; sino tan grande es el galardón como sois Vos, porque no es otra cosa el galardón sino Vos mismo. Vos en gran manera sois grande, y Vos mismo sois el grande galardón.

Vos mismo sois la corona, y el que corona; el que promete, y lo que promete; el donador, y el don; el que premia, y el mismo premio de la felicidad eterna. Pues, Señor Dios mío, corona mía, coronador mío y diadema de mi esperanza, claridad que alegra, luz que renueva, hermosura que adorna y esperanza mía grande, deseo y deseado de los santos: vuestra visión es todo el galardón, y todo el premio y gozo que esperamos. Porque *la vida eterna es conoceros a Vos, solo y verdadero Dios, y a Jesucristo vuestro Hijo*, que para nuestra salud nos enviasteis. Entonces tendremos lo que ahora buscamos, cuando os viéremos a Vos solo, Dios verdadero y vivo, omnipotente, simple, in-

visible, inmenso, incomprensible; y a vuestro Hijo unigénito, consubstancial y coeterno con Vos, Jesucristo nuestro Señor, al cual enviasteis al mundo en virtud del Espíritu Santo para nuestra salud; cuando poseyéremos aquella vida eterna y gloria sempiterna que habéis aparejado a los que os aman, y escondido a los que os temen, y daréis a los que os buscan.

Por tanto, Señor Dios mío, que me formasteis en el vientre de mi madre, la cual me entregó a vuestra poderosa mano, no permitáis que yo me derrame más, ni de Vos, que sois uno, me divida en muchas cosas, pero recogedme de las exteriores dentro de mí mismo, y de mí en Vos, para que mi corazón siempre pueda decir: *Mi rostro, Señor, os ha buscado; vuestro rostro, Señor, buscaré*, en el cual sólo consiste la gloria sempiterna de los bienaventurados y la vida eterna de los santos. Pues alégrese mi corazón, y tema vuestro santo nombre: alégrese el corazón de los que buscan al Señor, pero mucho

más el corazón de los que le hallan; porque si hay tanta alegría en buscarle, ¿cuánta habrá en hallarle? Pues yo siempre con grande ardor y afecto buscaré vuestra faz, y estaré perpetuamente a la puerta de la justicia, aguardando si por ventura se me abre para entrar en el gozo de mi Señor. *Esta es la puerta del Señor, y los justos entran por ella.*

## CAPITULO 37

### *Oración a la Santa Trinidad.*

Dios mío, uno y verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que sois tres personas en todo iguales y coeternas, y habitáis en la eternidad y en luz inaccesible. Vos fundasteis la tierra con vuestra omnipotencia y gobernáis el mundo con vuestra providencia. Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, terrible y fuerte, justo y misericordioso, admirable, loable y amable; un Dios y

tres personas, una esencia, potencia, bondad, y una Trinidad indivisible: abridme esas puertas de la justicia para que, entrando en ellas, os alabe.

Mirad, ¡oh sumo Padre de familias!, que yo, pobre y mendigo, estoy llamando a vuestra puerta. Y pues Vos mandasteis que llamásemos, porque se abriría al que llamase, mandad que me abran. Mis deseos afectuosos, mis clamores y las lágrimas de mis ojos son los que llaman a vuestra puerta, porque mi deseo y mi gemido están delante de Vos, y no se os pueden esconder; pues no volváis Vos de mí vuestro rostro, ni desviéis vuestros ojos de este vuestro siervo. ¡Oh Padre de las misericordias!, oíd las voces de este vuestro pequeñuelo, y dadme la mano, y sacadme de la profundidad de las aguas y del lago de mi miseria, y del atolladero de mis pecados, para que yo no perezca a la vista de vuestros ojos piadosos y de esas vuestras entrañas amorosas; antes me levante y venga a Vos, Señor Dios mío, para ver las riquezas de vuestro reino y

contemplanos y alabaros para siempre.

Señor, que obráis maravillas, y recreáis mi corazón con vuestra memoria, y consoláis mi juventud, no despreciéis mi vejez, antes resucitad mis huesos y renovadme, como se renueva el águila.

Toda la gloria, toda la alabanza, toda la virtud, toda la potencia, toda la magnificencia, toda la bienaventuranza y toda la clemencia sea siempre a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo. Amén.

**FIN DE LOS SOLILOQUIOS**

# INDICE

## MEDITACIONES

CAPÍTULO PRIMERO. — Invocación a Dios Todopoderoso para la reformation de las costumbres y de la vida .....	5
CAP. 2.—Acúsase el hombre, y alaba la misericordia de Dios.....	8
CAP. 3.—Quéjase el hombre que por su desobediencia no es oído del Señor .....	12
CAP. 4.—Del temor del Juez.....	15
CAP. 5.—Invoca al Padre por el Hijo .....	19
CAP. 6.—Representa el hombre al Padre la Pasión de su Hijo.....	22
CAP. 7.—Confiesa el hombre que él es la causa de la Pasión del Señor .....	25
CAP. 8.—Representa el hombre al Padre Eterno la pasión de su ben-	

ditísimo Hijo, para que le perdone .....	31
CAP. 9.—Invocación al Espíritu Santo .....	37
CAP. 10.—Oración del siervo que siente humildemente de sí.....	39
CAP. 11.—Alabanza de Dios Todopoderoso y su majestad.....	40
CAP. 12.—Cómo el Padre Eterno se dignó socorrer al género humano; y de la Encarnación del Verbo Eterno, y de las gracias que le debemos por ello.....	43
CAP. 13.—De la confianza que debe tener el alma en nuestro Señor Jesucristo y en su Pasión...	46
CAP. 14.—De la inmensa caridad con que el Padre Eterno amó al linaje humano .....	49
CAP. 15.—De las dos naturalezas que hay en Cristo, con la una de las cuales tiene misericordia de nosotros, y con la otra ruega por nosotros .....	54
CAP. 16.—De las gracias que debe dar el hombre a Dios por el beneficio de la redención.....	58

CAP. 17.—Oración devotísima a Cristo .....	62
CAP. 18.—Diferencia que hay entre la «sabiduría» que es la casa de Dios y la Sabiduría divina.....	67
CAP. 19.—Pide el hombre que la casa de Dios ruegue por él.....	72
CAP. 20.—De cuántas miserias está llena esta vida.....	75
CAP. 21.—La felicidad de la vida, aparejada por Dios para los que le aman .....	77
CAP. 22.—De la felicidad del alma que sale de este mundo para el cielo .....	80
CAP. 23.—Oración a los Santos para que nos socorran en nuestros peligros .....	82
CAP. 24.—Los deseos que el alma tiene de la celestial Jerusalén...	85
CAP. 25.—Himno a la gloria del Paraíso, compuesto por el Cardenal Pedro Damían, sacado de los dichos de San Agustín.....	90
CAP. 26.—Las alabanzas que da el alma a Dios contemplando su soberana Majestad .....	95

CAP. 27.—Qué cosa sea ver y tener en cierta manera a Dios, y lo que habemos de sentir de Él.....	100
CAP. 28.—Oración en que se explican algunas propiedades de Dios.	101
CAP. 29.—De la unidad de Dios en la esencia, y de la Trinidad en las personas .....	108
CAP. 30.—Oración a la Santísima Trinidad .....	113
CAP. 31.—Que Dios es verdadera y felicísima vida .....	115
CAP. 32.—La alabanza con que alaban a Dios los Angeles y los hombres .....	118
CAP. 33.—Quéjase el hombre porque no se compunge en la contemplación de Dios, considerando que los Angeles tiemblan en su acatamiento .....	125
CAP. 34.—Oración que mueve a devoción y amor de Dios.....	128
CAP. 35.—Oración devotísima en alabanza de Dios.....	137
CAP. 36.—Oración para pedir a Dios compunción .....	146

	Págs.
CAP. 37.—Oración para el tiempo de la tribulación.....	157
CAP. 38.—Oración devota al Hijo de Dios .....	159
CAP. 39.—Oración muy provechosa.	168
CAP. 40.—Oración muy devota de la pasión del Señor.....	175

## SOLILOQUIOS

CAPÍTULO PRIMERO.—De la inefable suavidad de Dios.....	185
CAP. 2.—De la miseria y fragilidad del hombre .....	191
CAP. 3.—De la admirable claridad de Dios .....	197
CAP. 4.—De la miseria de la humana naturaleza .....	198
CAP. 5.—Qué cosa sea hacerse nada.	201
CAP. 6.—De la caída del alma en los pecados .....	205
CAP. 7.—Del beneficio de la creación .....	208
CAP. 8.—De la excelencia que ha de tener el hombre en la bienaventuranza .....	212

CAP. 9.—De la omnipotencia de Dios .....	216
CAP. 10.—De la incomprendible alabanza de Dios.....	218
CAP. 11.—De la esperanza que debemos tener en Dios.....	221
CAP. 12.—De los lazos de nuestros apetitos .....	223
CAP. 13.—De la miseria del hombre, y de los beneficios de Dios.	227
CAP. 14.—Cómo los ojos resplandecientes de Dios consideran las obras e intenciones de los hombres .....	232
CAP. 15.—Que ninguna cosa puede el hombre por sí sin la divina gracia .....	237
CAP. 16.—De los muchos lazos de Satanás .....	242
CAP. 17.—Que Dios es luz de los justos contra las astucias de Satanás .....	246
CAP. 18.—De los beneficios inestimables de Dios.....	251
CAP. 19.—Del fervor de la caridad.	256
CAP. 20.—Cómo Dios sojuzgó todas las cosas al servicio del hombre.	258

CAP. 21.—Que de la consideración de los bienes temporales se entiende la grandeza de lo que Dios tiene aparejado para el alma.....	261
CAP. 22.—Que la divina suavidad templada la amargura de la vida presente .....	263
CAP. 23.—Que toda la esperanza y deseo de nuestro corazón debe estar en Dios.....	267
CAP. 24.—Que toda nuestra salud nos viene de Dios.....	269
CAP. 25.—Que la voluntad del hombre no es eficaz para obrar bien sin la divina gracia.....	272
CAP. 26.—Esperanza de ser predestinado .....	274
CAP. 27.—Los Angeles acuden a nuestra guarda .....	276
CAP. 28.—De la profunda predestinación y presciencia de Dios.....	280
CAP. 29.—De los que primero fueron justos y después pecadores, o al contrario .....	284
CAP. 30.—Que el alma fiel es santuario de Dios.....	286
CAP. 31.—Cómo no se puede hallar	

Dios por los sentidos exteriores ni interiores .....	288
CAP. 32.—Confesión de la verdadera fe .....	300
CAP. 33.—Confesión de la propia vileza .....	308
CAP. 34.—Consideración de la divi- na Majestad .....	310
CAP. 35.—Del deseo y sed de Dios que tiene el alma.....	314
CAP. 36.—De la gloria celestial.....	320
CAP. 37.—Oración a la Santa Tri- nidad .....	325